

Los Concursos de Belleza

Por el Dr. M. de Gabarain

— II —

Existe una comisión para organizar los concursos anuales de belleza. Al principio sólo se trataba de la belleza femenina; pero cuando los modistos y demás morralla se sintieron bien respaldados por el creciente sodomitismo, internacional, tuvieron el cinismo de organizar, por vez, quizá, primera en la historia, del hombre, los concursos de belleza masculina. ¡Qué monisimos! Da pena, y bastantes náuseas, ver a esos efebos, en un paródico contraste entre sus descomunales músculos de gimnasta torturado por el narcisismo, y sus equívocas actitudes.

El objeto primero de la referida organización es fijar las características de la belleza del año. Ya la belleza no es la expresión de algo hondo y eterno, sino la vitola efímera del año, algo como el modelo Chevrolet, por ejemplo. Tantos centímetros de muslo, tantos de cintura, pelo caoba, dientes grandes, perfume de jazmín, y rojo y negro para el vestido de noche. Ante tanta estupidez en libertad cree uno soñar. Aun en el supuesto de que las variaciones anuales obedecieran a un mejor conocimiento progresivo de la perfección, ¿de qué nos serviría? Supongamos que la mayoría de los hombres fuesen lo suficientemente imbéciles como para tomar en serio esos concursos. Si escogiésemos para madre de nuestros hijos a la reina del año, como ni tan siquiera el primogénito podría ser elaborado antes de los nueve meses, pocos días después ya ese hijo deseado no estaría a la moda, ya no sería el más bello, como lo queríamos. Y nuestra mujer maravillosa, escogida como la más bella entre todas las mujeres, dejaría inevitablemente de serlo antes de que hubiésemos concebido nuestro segundo vástago. El engaño sería tan cruel, que hasta podríamos entablar una demanda de divorcio: "Yo me he casado con la mujer más bella del mundo. Como no hay ley ni autoridad que haya dictado esta supremacía públicamente exaltada, yo la he aceptado como indiscutible. Hoy mi mujer ya no es la más bella, por lo que retiro mi compromiso, con el mismo derecho con que se desdice el tribunal que la había designado, y voy a ver si me caso con la que acaba de proclamarse". Pero, fuera de broma, para que se vea mejor la fabulosa estupidez de estas farsas, para que aparezca más neto lo que tienen de podrido y decadente, de apotheosis del homosexualismo y de la frivolidad, recordemos los casos de aquellas reinas de belleza que, después de conquistar la corona, fueron descalificadas por haberse descubierto que eran casadas y madres. Como si esta doble condición, la de la Virgen María, la del eterno femenino en sus más excelsas funciones pudiera ser un estigma vituperable o un rasgo de fealdad. Este trasunto de las Vestales y de las Virgenes propiciatorias de las más horribles religiones es, a mi entender, uno de los más odiosos aspectos de estos campeonatos de belleza. — Hace mucho tiempo que se estiman empíricamente las condiciones eugenéticas de un ejemplar por sus frutos. Puede decirse que todos los caballos de pura sangre que corren hoy en el mundo, proceden de un semental, cuyo nombre no recuerdo en este momento. El Premio Nobel no se otorga al que a juicio de los designadores ostente las mejores condiciones literarias, científicas, etc., sino al que las acreditó con su vida y su obra.

Aunque no se anuncie en forma taxativa, el concurso de belleza no puede tener sino uno de los dos fines fundamentales siguientes: señalar el tipo de mujer más acabado y perfecto para la maternidad, o señalar el tipo de mujer más apetecible para divertirse con ella haciendo el amor. A juzgar por las apariencias, debe de ser más bien lo último. En cuyo caso el certamen, en vez de constituir un elevado escrutinio inspirado por la más suprema de las aspiraciones: la perfección del cuerpo y del alma, no pasa de ser la más solemne y cínica de las alcahuetas.

En las épocas cursis — ¡quién las reviviera! — en que el indumento femenino significaba una de las más importantes actividades desplegadas por la mujer para atraer al varón, como la maternidad era, consciente o instintivamente, el móvil fundamental de tales actividades la maternidad no quedaba, como hoy excluida, proscrita como una vergüenza, sino que el atuendo femenino solía estar supeditado a la maternidad. En un tiempo en que el seno femenino solía no tener otra aplicación que la lactancia, el amplio descote actual como una garantía de ubérrimas promesas. Las amplias crinolinas, el miriñaque, que en España se llamaban guarda-infantes, y más tarde, en América, polleras, lejos de denigrarlo, realzaban victoriosamente el perfil maternal. Son muchos los sexólogos que admiten como cosa cierta que la mujer encinta ofrece un nuevo aliciente para

el hombre normal, a la vez que inspiran horror al desviado.

Por qué diablos ha de ser un hombre — ¡llamémoslo así! — el que se ocupe de acrecentar la atracción de la mujer? No es lo mismo la coquetería instintiva de la mujer que el sentido, inactivo de un sodomita. Es algo tan incongruente como si en la Edad Media hubieran sido las mujeres las encargadas de concebir las armaduras, las cotas de malla y los yelmos. Yo no creo que todos los modistos sean homosexuales. Lo son, vive Dios, la mayoría; pero es su oficio lo que constituye una actividad hecha como de encargo para los invertidos. La estética indumentaria de los modistos no ha modificado el gusto de los hombres en orden a la apariencia de las mujeres, sino que, del mismo modo que la pintura, la arquitectura y la música, es la decadencia del idealismo occidental la que ha permitido a los modistos, a los surrealistas y demás zascandiles gozar de su actual predicamento.

Cuando era la mujer la que inventaba galas y se engalanaba con arreglo a su feminidad, no había modas fugaces. Su indumentaria constituía una segunda naturaleza, se estilaba tras una larga y minuciosa experiencia, se consagraba, adquiría carácter local, nacional, típico, y duraba siglos.

Hoy, si por obra del prestigio intangible del modisto, cuya veleidad peculiar viene como anillo al dedo al ritmo de superproducción industrial de nuestro tiempo, encontramos bello un modelo de Balmain o de Balenciaga, el año que viene nos parecerá horrible. ¿Por qué? Porque es horrible, ayer, hoy y mañana. Y si los vestidos actuales no son todo lo horribles que desearan los modistos, es porque son a la larga los modistos los que tienen que ceder ante el instinto atractivo de la mujer y el instinto electivo del varón, por que los modistos no tienen más remedio que claudicar recurriendo de vez en cuando a las líneas clásicas.

Lo más grave es que los modelos creados por un modisto suelen ser, por la ley de la lógica, más adecuados para seducir a la misma mujer que a los hombres cabales. Este hecho constituye quizás, una de las causas concomitantes del actual androginismo — equivalente a las fases decadentes finales de otras culturas — con su impo-nente cortejo de desviaciones. Compárese una representación del recio y barbudo Hermes Trismegisto de hacia el siglo VII, con el Hermes Olímpico de Praxiteles, imberbe, equívoco, que corresponde a la decadencia helénica. Compare usted un mostachudo y camorrista mosquetero del siglo XVII, con uno de esos lechuguinos, con guayabera de flores y pulsera en el tobillo, que vemos hoy.

Los modistos crean, pues, prendas destinadas a la mujer, y que gustan, sobre todo a las mismas mujeres. Luego, como sucede con las telas estampadas, son los mismos varones los que las adoptan. Este mecanismo de corrupción es comparable a lo que, a mi entender, sucede con los perfumes, cuya propaganda y difusión corre, también, a cargo de los modistos. Y aunque el ejemplo parezca algo audaz, a estas alturas no vamos a andarnos en chiquitas.

Quien no esté aj tanto de estas minucias, va a quedar tan turulado como yo, cuando experimenté ésta, una de las mayores de mi vida, rica en sorpresas. Estando en Shanghai tuve la fortuna de navegar invitado en una cañonera francesa 2000 millas adentro del Yangtsé. Ustedes van a juzgar de mi asombro al conocer los principales artículos de comercio que circulan por el rey de los ríos (Yangtse-kiang). Por entonces, aparte el opio, antes de la invención del nylon, el más importante era, quizás, el pelo de chanco — las cerdas — del cual se hacían casi todos los cepillos de ropa, de cabeza y de dientes del planeta. El segundo — ustedes me perdonarán — era el excremento humano en cantidades fabulosas que sólo la proverbial indulgencia olfatoria del chino podía tolerar, y se distribuía como el más perfecto de los abonos naturales por toda la China propia, cuyas feracísimas tierras negras sólo me parecen comparables a las del Genezareth, a las de la isla de Whigt, cerca de Osborne, y a las que vi en la costa portuguesa cerca de la desembocadura del Tajo. Pero esto no es nada. Otra de las mercancías, la más preciosa, más que la de las armas de contrabando, era la de las glándulas prepuenciales del cabro almiscalado (chevreau musqué) del Tibet. Ustedes se preguntarán — como yo lo hice — para qué demontre podrían servir aquellas inmundas y nauseabundas piltrafas. Sencillamente para obtener de ellas el principio fijador de todos los productos volátiles con

que se elaboran los perfumes de tocador. Parece que hoy se obtiene sintéticamente otro similar; pero según mis informes, las grandes casas prefieren siempre el del cabrito.

Ahora bien, el olor de las glándulas prepuenciales tiene por misión fundamental estimular el celo en la hembra. Pero por muy bella, por muy bien vestida o por muy bien desnuda que se nos brinde la mujer, no hay en ella nada que juegue un papel tan específico, tan poderoso y tan decisivo como su olor natural. Olor que, si la mujer es poco aseada, acaba por hacerse ingrato, por lo que desde antes del Rey Sol, las damas encontraban más factible perfumarse que bañarse, ignorantes de que si bien es recomendable suprimir o enmascarar el olor a porquería, no así el olor a mujer.

Lo cierto es que cuando yo veo en mi consulta uno de esos señores que vienen a quejarse de falta de vigor genésico, lo primero que le examino son las narices. Si hay anosmia, si no huele o si huele poco, mal negocio. Es evidente que si los perfumes que usan las damas tienen como elemento activo el olor de rellamo prepuencial más o menos disimulado, en vez de actuar sobre el varón deben de hacerlo sobre las mismas que los emplean. Y así se ve con harta frecuencia a la gran dama perfumada, con esos perfumes caros, en celo permanente, como clueca, y siempre propicia al primer gañán, chauffeur o mozo de retrete, que se le aproxime, en tanto que el gran señor, su marido, indiferente a sus encantos y empalagado de sus perfumes, se sube callandito a las buhardillas en donde duermen las muchachas de servicio, que si no siempre limpias, suelen oler a mujer.

De usar perfumes con el fin de atraer al hombre, y no de enalabrarse a sí misma o de excitar a otras, la mujer avisada debiera de usar perfumes cuyo fijador, en vez de provenir de un macho, con lo cual podría enloquecer a caso a un invertido, procediera de las glándulas de Bartolino de la llama andina, de la Cabra Hispánica o de la gacela de Haagar.

Los perfumes de nuestras damitas actuarían, pues, en sentido negativo, provocando, primero, la indiferencia o la frigididad del varón, el cual, de no haberse salvado gracias al sabroso derivativo de las buhardillas, podría muy bien acabar en lo que un sexólogo famoso llamó los tenorios de urinario. Todo es cuestión de olores.

Los vestidos creados por los modistos actuarían, pues, en un sentido análogo al de los perfumes. Unos y otros — Jacques Fath, Paquin, Cristian Dior, etc. son vendidos y propagados por esos modistos. Unos y otros juegan en la vida moderna un papel incalculable, sin trabas, bajo una dirección más trágica que los otros cuatro poderes, y con un espíritu indiscutiblemente homosexualista. Y los concursos de belleza vienen a ser con respecto a esta industria de la decadencia sexual, lo que las carreras de carros a la industria del automóvil. Todos aceptan y acatan la tiranía del modisto perfumista, unos por afinidad, y otros por snobismo. Yo rompo lanzas a la zaga de Monseñor; el que piense como un hombre, que levante el dedo.

Es obvio que la mujer alabada por estas tendencias decadentes no pueda convenir al ideal femenino eterno, y si a un canon ambiguo, a una mujer escurrida de caderas estrechas, pecho liso y modales de muchacho, o bien con un tipo leptosomático, una especie de percha capaz de soportar sin personalidad las más arbitrarias creaciones de la moda!

Tanto en los pueblos primitivos como en los actuales tiempos, la representación de la figura humana tiende a sistematizarse y a exagerar tal o cual línea o rasgo hasta llegar a la deformación. Lo natural, lo sano y, seguramente, lo más aproximado al ideal perfecto es que un hombre elija mujer, no por que tenga los ojos azules, la nariz recta o los muslos torneados, sino, pura y simplemente, porque sí. Entre los pueblos que han evolucionado aislados, aquellos que presentan el tipo y las facciones más regulares y armónicos suelen ser los que no practican la magia tótemica, el tatuaje, el maquillaje, la idolatría y el fetichismo. Cuando una opinión relativa a la belleza gana terreno y se implanta como hecho indiscutible, como fetiche particular, se desvía gradualmente de los límites normales para tornarse en caricaturesca monstruosidad. Tal es el caso espantoso del pie deformado de la mujer china. Uno se resiste a admitir que los chinos hayan sometido durante tantos siglos a sus hijas a tan prolongada, tan sádica y, sobre todo, tan estúpida e inútil tortura. Y todo para qué? Para conseguir, tras

muchos años de dolores horrosos con los pies estrujados por medio de unas duras bandeletas, que el pie parezca un puño cerrado con los cuatro dedos menores plegados bajo la planta. Ni siquiera cabe el pretexto de que con ello tratasen de disminuir el tamaño del pie en las generaciones futuras, pues las adquisiciones individuales no son transferibles a la descendencia. Lo más chocante es que, después de varios miles de años de experiencia, todavía haya chinos que impongan tan horroroso suplicio a sus hijas, sin más resultado que el de tullirlas, el de inutilizarlas para el resto de su vida. Y todo ¿por qué? Por obra y gracia de los ilustres majaderos que hace miles de años se metieron a dictar la estética de la raza. Tal es el caso de la deformación de los cráneos, para hacerlos dolicocefalos o puntiagudos, como el craneo tolosano, mediante dos planchas en ángulo que entablillaban — no hace aún mucho tiempo en plena Francia — la cabeza del pobre niño, para después de enormes tormentos, llegar a tener un cráneo en punta de la más innoble fealdad. Y así la costumbre de extirpar un testículo a los niños bosquimanos, la del corsé de hierro de nuestras bisabuelas, y que podemos apreciar en el tórax deformado de la "ballarina" de Falguiere, que el escultor cinceló desnuda, por considerar que la brutal deformación era un dechado de perfecciones. El de los labios inutilizados y horriblemente distendidos por el "plattilo" — yo he visto a una negra del Sudán cuyo labio inferior media más de 60 cms. de circunferencia — así como los labios y las orejas deformados por medio de botoques, de los indios botocudos, o como los cuellos estrafalinos, tras una vida de indecibles torturas, por medio de 40 o 50 collares de metal superpuestos... los dientes serrados o ennegrecidos como el azabache... los lóbulos de las orejas hendidos, infibulados, estrididos... la piel esculpida por medio de cicatrices voluntarias, cosa que todavía practican por medio de un duelo adecuado los estudiantes alemanes. Las narices mutiladas, el tabique nasal perforado por una espina de pescado, por un anillo infamante... las moscas o lunares postizos, las falsas ojeras, los polvos blan-

MEDIAS NYLON
Usted HACE EL RIDICULO y tira su dinero a la calle si usa medias vulgares de segunda calidad.
Luzca elegante y distinguida con nuestras Medias Nylon en primeras calidades y marcas de prestigio.
TIENDA "LA NORMA"
Teléfono 2283 — PRADA & CIA. — Avenida Central
—: SAN JOSE :—

MUEBLERIA EL HOGAR
Frente al Bar Azul, Le Ofrece
JUEGOS DE ANTE-COMEDORES IMPORTADOS EN 20 DIFERENTES COLORES Y ESTILOS AL CONTADO Y LARGO PLAZO
APARTADO 1384 San José TELEFONO 3339

cos que daban a la faz la mortal lividez de Pierrot; las pelucas del Gran Siglo, destinadas a cubrir una cabeza llena de liendres, la de la Marquesa de Pompadour y la de Luis XV, por ejemplo. El pelo teñido de mil colores, las uñas pintadas, las cicatrices decorativas, el espantoso rojo sangre de los labios, el poissón, los estucos, el khol para los ojos, el henné para el cabello, la piel pintada al minio, las depilaciones y tonsuras, la sección del músculo cutáneo del cuello para hacer pender el seno, la extirpación del seno derecho de la amazona, las uñas de 10 cms., los anillos de metal destinados a deformar el pene, la ventana nasal perforada en ciertos pueblos indonesios, el pubis afeitado de la musulmana... todos estos y otros mil horrores que no recuerdo, revelan el grado inverosímil de crueldad estúpida a que suelen conducir los majaderos de marras.

Esta fatal exageración de las gracias oficiales nos ofrece, hoy mismo, múltiples ejemplos. Ni la Ferronière, ni Margarte Luti (Fornarina), ni Diana de Poltians, ni Agnes Sorel, ni la Récamier... ni las bellas de Botticelli, de Giorgione, del Tiziano, de Fragonard... que durante las últimas centurias representaron la belleza femenina, muestran en sus retratos pestañas apreciables. Bajo el Di-

rectorio, el Consulado y el imperio se empezaron a ennegrecer con lápiz los bordes de los párpados. Luego vino el rimmel, y por último, las pestañas postizas, para cuyo uso se ha llegado, incluso, a arrancar las naturales. Jamás olvidaré el susto que me llevé en 1943, en Toulouse, al suturar la cara a una mujer herida en el bombardeo del polvorín por los ingleses, que me encontré con todas sus enormes pestañas adheridas en bloques que a mi guante. Y hoy el sueño dorado de nuestras mujeres es poseer unas pestañas piercitas de dos centímetros. Yo la verdad, sólo las he visto así en algunos casos de kala-azar y en ciertas anemias.

NOTA: En la 1a. parte, 2a. columna, línea 23, donde dice cerezas de San Juan, léase: cerezas de San Juan.

SUSCRIBASE A EL SOL
24 NUMEROS € 6.00

para proporcionar protección nutritiva muy importante durante el embarazo

...doblemente apreciado por sus pacientes

menor tamaño

menor dosificación

Contrariamente a otras cápsulas prenatales de mayor tamaño, las Natalins pueden ser prescritas con la seguridad de aceptación durante el embarazo. Las Natalins son de menor tamaño — tan pequeñas que son fácilmente aceptadas hasta por las señoras más sensibles.

La dosificación de las Natalins es pequeña. Sus pacientes solamente necesitan tomar una cápsula tres veces al día para recibir cantidades adecuadas de vitaminas y minerales esenciales.

Natalins
Complemento de la Alimentación
Cápsulas de vitaminas y minerales para la gestación y lactancia

MEAD SIMBOLO DE SERVICIO EN MEDICINA
MEAD JOHNSON & COMPANY • EVANSVILLE, INDIANA, E.U.A.

Distribuidores para Costa Rica:
COSTA RICA DENTAL & MEDICAL SUPPLY Co.
Teléfonos: 1665 - 2683 - 6047 -- Farmacia 1842 - 4877
SAN JOSE, COSTA RICA

Sólo una cápsula Natalins suple:

Vitamina A	2000 U.I.
Vitamina D	200 U.I.
Acido Ascórbico (Vitamina C)	33.3 mg. 666 U.I.
Clorhidrato de Tiamina (Vitamina B1)	1.0 mg. 333 U.I.
Riboflavina (Vitamina B2)	1.5 mg. 10.0 mg.
Niacinamida	10.0 mg.
Clorhidrato de Piridoxina	1.0 mg.
Pantoténato de calcio	1.0 mg.
Acido Fólico	0.33 mg.
Vitamina B12 (cristalina)	0.33 microgramo
Sulfato Ferroso (desecado)	25.5 mg.
Centiza de Hueso de Ternero para suministrar:	
Calcio	125.0 mg.
Fósforo	62.5 mg.

Frasco de 25 y 50